



La contribución de la religión a la ética ambiental

El aporte de la ecología holística
de Leonardo Boff

Luis Marcos Tapia

Universidad de Chile



Resumen

El presente artículo tiene como objetivo principal presentar la ecología holística de Leonardo Boff en el marco de una propuesta ética ambiental, indicando específicamente la contribución que puede hacer el ámbito religioso en dicha propuesta ética. El artículo se introduce con una primera parte donde se justifica la consideración del pensamiento Boff dentro del marco de una ética ambiental. En la segunda parte se indican las líneas generales de la propuesta ecológica holística de Boff para luego, en la tercera y última parte, presentar el aporte que puede hacer la religión a la ética ambiental.

Palabras clave: ética ambiental, Leonardo Boff, ecología holística, ecoteología.

Abstract

This article focus on the holistic ecology of Leonardo Boff in the context of a proposed environmental ethics, specifically indicates the contribution of the religious realm on this ethics. The first part of the article considers Boff's thought within the framework of an environmental ethic. The second part outlines Boff's proposed holistic ecology. The final part presents the contribution that religion can make to environmental ethics.

Keywords: environmental ethics, Leonardo Boff, holistic ecology, eco-theology.



Introducción

En la teología de Leonardo Boff es posible identificar dos etapas de reflexión. Una etapa como teólogo de la liberación, desde 1970 a 1992 y una etapa como ecoteólogo, desde 1992 hasta la actualidad. En la primera etapa Boff fue calificado como uno de los «padres fundadores» y principales autores de la teología de la liberación latinoamericana. Esto hasta que en 1992 dejara la orden franciscana, luego de una condena «al silencio» por parte de su iglesia y de amenazas de censura definitiva en su contra. En la segunda etapa Boff se encuentra por completo sumido en la reflexión ecoteológica, esto desde su puesto como profesor de Ética, Filosofía de la Religión y Ecología en la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Sin embargo, es necesario indicar que estas dos etapas antes mencionadas no son rígidas, sino que se proponen como una manera de entender y clasificar su obra. Esto porque la misma propuesta ecoteológica se puede entender como una continuación de la teología de la liberación. Boff afirma (2002: 135) que ambas tienen en común el hecho de que parten de heridas sangrantes, la herida de los pobres y la herida de la Tierra, y del clamor que estas heridas producen. Además, ya que es la misma lógica de acumulación y organización social la que lleva tanto a explotar a trabajadores y naciones enteras como a depredar la naturaleza, ambas teologías tienen como objeto la liberación.

El presente artículo se enmarca en la etapa ecoteológica de Leonardo Boff y tiene como objetivo principal presentar la ecología holística de Boff en el marco de una propuesta ética ambiental indicando específicamente la contribución que puede hacer la religión dentro de ella. El artículo se introduce con una primera parte donde se justifica la consideración del pensamiento Boff dentro del marco de una ética ambiental. En la segunda parte se indican las líneas generales de la propuesta ecológica holística de Boff para luego, en la tercera y última parte, presentar el aporte que puede hacer la religión a la ética ambiental.

Es necesario señalar que la obra de Leonardo Boff no es sistemática. Sus libros recogen múltiples artículos, algunos más elaborados que otros, donde se presentan temáticas comunes desarrolladas desde distintas perspectivas. Por lo mismo, y para



delimitar esta investigación, se consideran sólo las principales obras de Boff con respecto a la temática.

La obra de Boff en el marco de la ética ambiental

De acuerdo a Villaroel (2007: 56), la ética ambiental, que surge a mediados del siglo 20, está motivada principalmente por la necesidad de dar respuesta a dos importantes desafíos planteados por el antropocentrismo tradicional. Estos desafíos son, por un lado, las pretensiones de superioridad moral manifestadas sin reservas por los seres humanos respecto de los miembros de otras especies y, por el otro, la posibilidad de encontrar argumentos racionales que permitan asignarle valor intrínseco al ambiente natural y a sus componentes no humanos. Esto dio lugar a un proceso de crítica al impacto ejercido por la acción humana sobre el entorno y un replanteamiento del modo en que los seres humanos contemporáneos entendían su relación con la naturaleza, mediada por la técnica. Se hizo así explícita, por primera vez, la necesidad de fomentar una nueva actitud reflexiva, capaz de enfrentar la *hybris* desenfrenada que amenazaba a la vida en todas sus manifestaciones. Desde entonces las repercusiones y resonancias de este impulso inicial no han cesado y la subsecuente profusión de pensamiento ético medioambiental ha dado lugar a una abundante literatura, llegando por esto mismo a convertirse en un tópico irrenunciable de las preocupaciones filosóficas actuales.

La obra de Leonardo Boff, en la segunda etapa de su vida, sigue estando dentro del marco de la teología. Una teología que ya no es sólo teología de la liberación sino que, por tener como opción principal la Tierra en su totalidad, se le ha llamado eco-teología de la liberación o, simplemente, eco-teología. Es así como surge la pregunta acerca de la validez de considerar la obra de Boff no sólo como una propuesta teológica sino que además considerarla como una propuesta de ética ambiental. Se hace problemática esta consideración no sólo por razones teóricas sino también por razones histórica, ya que las raíces de la destrucción medioambiental se pueden encontrar en el pensamiento cristiano y su antropocentrismo. El cristianismo habría animado la sobreexplotación de la naturaleza al afirmar la superioridad de los seres humanos por sobre todas las otras formas de vida y al



representar todo el entorno natural como si hubiera sido creado para el uso irrestricto del ser humano.

Sin embargo, es posible considerar la eco-teología de Boff dentro del marco de la ética ambiental puesto que sus límites no son tan claros ni rígidos. Según Villaroel (2007: 57), es difícil poder precisar realmente cuáles son las características o las definiciones centrales de la ética ambiental, pues en el horizonte de la reflexión filosófica contemporánea concurren múltiples perspectivas que protagonizan entre sí un interesante debate, cuyas posiciones y planteamientos distan mucho de coincidir y se tornan, a menudo, inconmensurables. Además, Villaroel también señala (2007: 58), con respecto al problema del antropocentrismo cristiano, que, si bien es cierto que la tradición judeocristiana ha revelado efectivamente ese carácter despótico del ser humano, al mismo tiempo ha hecho posible ver a los seres humanos como custodios o administradores de la obra divina. Es así como, desde estas dos afirmaciones de Villaroel, parece posible considerar que no hay una contradicción intrínseca entre identificarla obra de Boff como ecoteología y, a la vez, como una propuesta de ética ambiental.

Frente a esto es interesante el hecho de que no se duda en calificar la obra de noruego Arne Næss como parte de lo que sería una ética ambiental, siendo que, como también afirma Villaroel (2007: 59), a partir de los años 1980s las formulaciones originales del pensador escandinavo experimentaron importantes modificaciones, convirtiéndose en una mediación entre visiones puramente filosóficas y concepciones religiosas de diversa denominación, como el cristianismo, el budismo y el taoísmo. En este aspecto, parece posible considerar a Boff como un continuador de la obra de Næss, especialmente en este punto de mediación con el cristianismo.

La propuesta ecológica holística de Leonardo Boff

Antes de considerar el aporte que, según Boff, puede hacer la religión dentro de la ética ambiental, es necesario presentar los principales puntos de su ecología holística, destacando su crítica al paradigma moderno, sus propuestas de una cosmología ecológico-



holística y una democracia ecológico-cósmica, terminado finalmente con los diversos elementos de una ecología holística.

Crítica al paradigma de la modernidad

Según Leonardo, la crisis ecológica actual no es más que una consecuencia o reflejo de la crisis fundamental, esto es, la crisis del tipo de civilización que hemos creado en los últimos 400 años. Esta crisis es global porque este tipo de civilización ha sido difundido e impuesto en todo el globo. En palabras de Boff (2003: 124): «la crisis ecológica revela la crisis de sentido fundamental de nuestro sistema de vida, de nuestro modelo de sociedad y de desarrollo».

Boff afirma (2000: 34–35) que toda las sociedades mundiales son y han sido energívoras, es decir, devoradoras de energía. Esto comenzó ya en el Neolítico, 8 a 10 mil años antes de nuestra era, cuando surgió la agricultura y se formaron las primeras villas y ciudades. Es ahí donde comienza el saqueo de la naturaleza. Pero no es hasta el siglo 16, con la llegada de la civilización industrial y comercial, que se diseña un proyecto de explotación sistemático de la naturaleza a partir de posiciones de poder. Cuanto más crece la dominación mediante la ciencia y la técnica, tanto más crece la destrucción masiva del medio ambiente.

De acuerdo a Boff (2000: 35), el eje estructurador de la sociedad moderna actual es la economía, vista como conjunto de poderes e instrumentos de la creación de riqueza mediante la explotación de la naturaleza y de los otros seres humanos. Para esta economía la naturaleza es degradada a un simple conjunto de «recursos naturales» o a mera «materia prima», disponible para el interés humano. La visión es, por tanto, instrumental y mecanicista: personas, animales, plantas, minerales, etc. Todos los seres pierden su autonomía relativa y su valor intrínseco. Son reducidos a meros medios para un fin establecido subjetivamente por el ser humano, entendido como rey del universo y centro de todos los intereses. Según Boff (2000: 46), son los maestros del *ethos* moderno de la relación persona-naturaleza los que nos han desviado del camino recto. Por ejemplo, René Descartes enseñaba en el *Discurso del método* que la vocación del ser humano reside en el hecho de que seamos maestros y poseedores de la naturaleza. Por otro lado,



Francis Bacon expresó siniestramente el sentido del saber: saber es poder. Poder sobre la naturaleza, afirmaba, significa amarrarla al servicio humano y hacerla nuestra esclava. Son la ciencia y la técnica, desde este *ethos* moderno, las que han sido las responsables del surgimiento del mayor mito de la modernidad según Boff (2000: 89), esto es, la idea del *desarrollo ilimitado*, lo que lleva a no considerar los costes ecológicos, tales como la destrucción de los ecosistemas, la contaminación de la biosfera y el pillaje de los recursos naturales no renovables.

La propuesta de Boff es que se debe, por tanto, hacer una crítica severa del paradigma de la modernidad ya que este está asentado en la razón analítica al servicio de la voluntad de poder sobre los otros y sobre la naturaleza. Se necesita superarlo e incorporarlo en una totalidad mayor. No es posible que los seres humanos sigan apoyándose en el poder como dominio y en la voracidad irresponsable de la naturaleza y de las personas. Según Boff (2003: 124), no se puede seguir pretendiendo estar por encima de las cosas del universo, sino al lado de ellas y a favor de ellas. El desarrollo debe ser con la naturaleza y no contra ella.

Desde esta propuesta Boff (2003: 136–138) señala que hay tres líneas de crítica al actual modelo o paradigma de civilización y de sociedad que hay que considerar. La primera es la crítica hecha por los movimientos de liberación de los oprimidos, mientras que la segunda línea crítica procede de los grupos pacifistas y de la no-violencia activa. Sin embargo, es el tercer tipo de críticas, la de los movimientos ecológicos, la que Boff suscribe en esta segunda etapa de su vida y reflexión. Los movimientos ecológicos constatan que los tipos de sociedad y de desarrollo existentes no consiguen producir riqueza sin producir simultáneamente degradación ambiental. Desde esta tercera crítica Boff (2003: 139–140) afirma que no bastan el conservacionismo, ni el preservacionismo, ni el ambientalismo, tampoco basta la ecología humana, sino que lo que se debe hacer es superar todo el paradigma de la modernidad e inaugurar una nueva alianza del ser humano con la naturaleza que los convierta en aliados respecto al equilibrio, la conservación, el desarrollo y la garantía de un destino y futuro comunes. La razón de esta radicalidad es que, para Boff (2000: 35–36), en el paradigma de la modernidad está intrínseca una guerra sin descanso entre el ser humano y la naturaleza.



El equilibrio entre desarrollo y ecología significa apenas una tregua. La lógica destructora incluida en el proceso del desarrollo cuantitativo no cesa. La tregua es para que la naturaleza se recupere y, enseguida, sea nuevamente víctima de la voracidad desarrollista. Se trata de una lógica perversa: se utiliza la fuerza para conseguir un cierto tipo de orden social que garantice la producción y la reproducción de bienes y privilegios a un segmento de la sociedad. Los demás participan pero de forma subalterna, sin poder co-definir el sentido de la vida social. Con la misma fuerza se agrade a la naturaleza para que ella entregue sus bienes, que son apropiados de forma desigual. Se trata de una misma lógica de dominación sobre las personas y sobre la naturaleza. La injusticia social lleva a la injusticia ecológica, y viceversa.

Además Boff (2000: 36) destaca que el paradigma moderno es profundamente dualista ya que divide persona/naturaleza, varón/mujer, masculino/femenino, Dios/mundo, cuerpo/espíritu, sexo/ternura. Esta división siempre beneficia a uno de los dos polos, originando jerarquías y subordinaciones en el otro. En este caso origina una sociedad de estructura patriarcal y machista. Esa visión es fragmentada, miope y falsa. No percibe las diferencias dentro de una gran unidad ni la interdependencia que existe entre la sociedad y el medio ambiente. El ser humano proviene de un largo proceso cósmico y biológico; sin los elementos de la naturaleza, las bacterias, los virus, los microorganismos, el código genético, los elementos químicos primordiales, el ser humano no existiría. Está en diálogo permanente con el medio.

Se puede hacer una síntesis de la crítica al paradigma moderno señalando que, según Boff, hace que el ser humano viva en el exilio:

Hace siglos que el ser humano vive en el exilio. Se ha perdido la conexión con el cosmos y con la Tierra, nuestra casa común. La tratamos como algo inerte, como un repositorio de recursos a ser explotados, hasta que se agoten, por los seres humanos. Le negamos una subjetividad y unos derechos [...] la Tierra es un organismo vivo y [...] nosotros somos sus hijos e hijas. Somos la conciencia de la biosfera terrenal, el momento en que la Tierra se transfigura en conciencia, en lenguaje, en comunicación y en celebración (Boff, 2003: 65).



Boff se pregunta entonces ¿Cuál será el paradigma que redefinirá el sentido de la civilización emergente? Se le llama paradigma al conjunto de saberes, convicciones, ideas poderosas, visiones, sueños y utopías que estructuran una sociedad determinada. Es el horizonte de sentido globalizador. Normalmente un nuevo paradigma nace en el seno de una crisis, por eso posee la capacidad de presentarse como una nueva esperanza, como un camino de salvación. Es hora de caminar, por tanto, hacia un nuevo paradigma, y para eso Boff propone caminar hacia una nueva cosmología.

Caminado hacia una cosmología ecológico-holística

La cosmología es la imagen global del mundo y el discurso que se hace sobre esta imagen. De acuerdo a Boff (2000: 67–68), en los últimos años está surgiendo una nueva cosmología que sería el tercer gran modelo cosmológico de la tradición occidental. Primero estuvo lo que conocemos hoy como la *cosmología antigua*. Esta cosmología ve al mundo como un conjunto unitario, jerarquizado, sagrado e inmutable. La metáfora de esta cosmología es la *escala*, donde Dios está en la parte superior y última. Se trata, por tanto, de una cosmología teocéntrica. Luego vino la *cosmología moderna*, una cosmología dualista, ya que veía al mundo dividido en dos, el mundo de la materia y el mundo del espíritu. Las ciencias de la naturaleza analizaron el mundo de la materia, mientras que dejaron para la filosofía y para la teología el mundo del espíritu. La metáfora de esta cosmología es la *máquina*. Dios se representa ahora como el gran arquitecto que planeó las leyes de estas máquinas. Hoy estaríamos en presencia de una nueva cosmología surgida a partir de 1920. Hemos pasado rápidamente de la era industrial a la era de la comunicación y de la intervención de la complejidad. Desde un mundo «materialista» (orientado a la producción de materiales) hemos pasado a un mundo «postmaterialista» y «espiritual», interesado en la integración de lo cotidiano en lo místico.

Cuando Boff habla de espiritualidad no está pensando en un concepto únicamente religioso sino en «[...] la experiencia de base omnienglobante con la cual se capta la totalidad de las cosas



exactamente como una totalidad orgánica, cargada de significado y valor» (Boff, 2003: 123). Afirma que en su sentido originario «espíritu» es la cualidad de todo ser que respira. Por lo tanto, es todo ser que vive, como el ser humano, el animal y la planta. Además, la Tierra entera y todo el universo son vivenciados como portadores de espíritu, porque de ellos viene la vida, proporcionan todos los elementos para la vida y mantienen el movimiento creador y organizador. Por tanto, que el mundo sea espiritual y que integre lo místico no significa para Boff una negación del cuerpo y la Tierra, sino, por el contrario, la afirmación de totalidad de la vida en tanto que es vida y fuente de energía vital. Espiritualidad significa, en consecuencia, «el modo de ser que propicia la vida, su expansión, su defensa, su respeto, y la obediencia-audiencia a su lógica que es el don, la gratuidad y la comunión con otras vidas y con todas las demás alteridades» (Boff, 2000: 69). Lo contrario a la espiritualidad será, por tanto, la muerte, tomada en su sentido amplio de muerte biológica, social y existencial (Boff, 2003: 123).

Para Boff (2000: 69), en esta nueva cosmología el ser humano ya no está por encima de la realidad, dominándola, sino que se entiende en medio de ella, como parte, participando de un todo que debe preservar y venerar y que le desborda por todos lados. Por tanto, se exige la superación del antropocentrismo y del patriarcalismo. Esto último porque el proyecto de dominación de la cosmología moderna fue pensado e implantado por el varón, marginando a la mujer e identificándola con la naturaleza. El antropocentrismo se revela entonces como androcentrismo (2000: 89).

Según Boff (2003: 147), tampoco se debe caer en un naturismo que concibe la naturaleza como un sujeto hipostasiado en sí, con sus leyes inmutables, intocables y sagradas a las que los seres humanos deben someterse. Tanto el antropocentrismo como el naturalismo son visiones equivocadas, pues separan lo que debe estar unido. Naturaleza y ser humano siempre son interdependientes, uno está dentro del otro, son partes de un todo mayor, el ecosistema planetario. Por tanto, en esta nueva cosmología la síntesis desempeña una función más primordial que el análisis, se proyecta una visión del mundo unificado pero no jerarquizado, orgánico, holístico, femenino-masculino, espiritual. Los seres no están yuxtapuestos o desarticulados, sino que, de



acuerdo a Boff (2000: 68), todo se encuentra profundamente relacionado.

Es así como a esta nueva cosmovisión se le podría denominar *cosmovisión ecológica-holística* pues, aunque el varón y la mujer son un fin y no un medio, no son el fin último, pues no existe un centro único. Este eco-centrismo es central para Boff (2001: 20ss), ya que es necesario reconocer la alteridad de cada ser de la creación. Cada ser, animado o inanimado, posee un valor en sí mismo y nadie tiene derecho de agredir y destruir lo que el inmenso proceso de evolución tardó billones de años en construir. Boff (2000: 90) afirma: «Todo lo que existe y vive merece existir y vivir». Existen, por tanto, los derechos del ambiente y una justicia ecológica: todo tiene derecho a continuar existiendo dentro del equilibrio ecológico. A esto se le llama actualmente *dignitas terrae*, la dignidad de la tierra como un todo (Boff, 2000: 90).

Ética y democracia ecológico-cósmica

Para Boff (2000: 85), lo que caracteriza al ser humano en esta nueva cosmovisión no es un privilegio biológico sino el hecho de ser *ente moral*, es decir, un ser con responsabilidad ética. De la red de relaciones entre las personas, sus funciones, sus cosas e instituciones, emergen cuestiones de responsabilidad, es decir, de respectividad, de lo que relaciona a unos y a otros. Responsabilidad que no se restringe al comportamiento de los seres humanos entre sí, sino que se amplía a su relación con el medio ambiente (aire, tierra, aguas, animales, bosques, procesos productivos, etc.). El ser humano:

[...] puede tomar decisiones libres; [...] puede ayudar o destruir a los demás seres; [...] puede actuar más allá de sus propios intereses y mostrarse hasta despreocupado de sí mismo, asumiendo la causa del otro, en la perspectiva del otro, [...] puede responsabilizarse de la preservación de la naturaleza y promover todo tipo de vida, particularmente la vida de los oprimidos (Boff, 2000: 89).

La alteridad de todos los seres es, por tanto, una exigencia ética, pues solamente el ser humano puede bendecirlos, convivir graciosamente con ellos o atropellarlos y hasta destruirlos (Boff, 2000: 90).



Además de la responsabilidad, la ética se preocupa también del mundo de las cosas superiores; por eso, de acuerdo a Boff, el imperativo ético va más allá que cualquier concretización circunstancial; posee un nítido carácter utópico. Las prácticas son buenas o malas en la medida en que se aproximan o se alejan de lo utópico. Es así como en esta nueva cosmología es necesario enfatizar la reciprocidad y la complementariedad que existen entre los seres. Según Boff (2000: 91), nadie se basta a sí mismo, mucho menos el ser humano. Los seres se necesitan mutuamente.

Boff es enfático en señalar que se debe superar, por tanto, la comprensión de la ética ambiental, difundida entre los países del Norte, que, teniendo valores inestimables, sin embargo, omite en su reflexión un eslabón fundamental: el contexto social con sus contradicciones. De acuerdo a Boff, no existe sólo el ambiente natural, donde están los seres humanos socializados en la forma de habitar, de trabajar, de distribuir los bienes, de actuar y de reaccionar frente al ambiente. Sino que, además, en esa socialización, hay permanente violencia, pésima calidad de vida, aire contaminado, aguas infectadas, suelos envenenados, etc. La ética, por ende, no puede ser únicamente ambiental según Boff, sino que deberá ser socioambiental, ya que lo social está marcado por lo ambiental y éste por lo social (Boff, 2003: 146).

Es así como, en el contexto de una nueva cosmovisión, Boff afirma que hay que ampliar la democracia como la conocemos hoy hacia una democracia que acepta en su seno, como ciudadanos, no sólo a los humanos sino también a los demás seres de la naturaleza, especialmente a los seres vivos. Boff (2000: 93) postula, por tanto, una democracia ecológico-social-cósmica donde todos los seres son también ciudadanos, sujetos con derechos, que deben ser respetados como los demás en su alteridad, en su existencia, en su vida, en su comunión con los seres humanos, su destino y futuro. En palabras de Boff:

Pertenece a la democracia integral exigir que incluya como ciudadanos, con derecho a existir y a ser respetados, a los elementos cósmicos, a los animales, a las aves, las plantas, las aguas, los suelos, las montañas, compañeros de viaje de los seres humanos. El ser humano vive su relación con los demás en la interface personal; vive su dimensión social con



muchos otros en instituciones que deben ser justas y participativas, dentro de una naturaleza respetada e integrada que garantice buena calidad de vida a todos y permita una experiencia globalizadora del ser humano con la totalidad del universo. La democracia debe ser sociocósmica. Sólo así el ser humano reconoce la solidaridad existente entre todos los seres de la creación y su inserción en la inmensa corriente de vida y en el proceso evolutivo que ha llegado hasta él y que sigue abierto hacia delante (2003: 115).

Ante la pregunta ética acerca de cómo debemos vivir ante la gran crisis ecológica mundial, la respuesta, según Boff, sólo puede ser: «vive de tal manera que no destruyas las condiciones de vida de los que viven en el presente ni de los que vivirán en el futuro» (2003: 169). O positivamente: «vive respetando y solidarizándote con todos los compañeros de vida y de aventura terrestre, humanos y no humanos, y cuida de que todos puedan seguir existiendo y viviendo, ya que todo el universo fue cómplice para que existiesen, viviesen y llegasen hasta el presente» (Boff 2003: 169). Este es el nuevo imperativo categórico del *ethos* de la humanidad en la era ecológica y ante la amenaza global al sistema de vida.

La ecología holística

Para Boff se hace necesario, por tanto, desarrollar una actitud de veneración, respeto, compasión, sororidad, ternura y fraternidad con todos los seres en su dimensión infinitamente grande, infinitamente pequeña e infinitamente compleja. Esto exige una política de educación ecológica holística para que los seres humanos aprendan a convivir con todos estos los seres, animados e inanimados, como ciudadanos de una misma sociedad.

De acuerdo a Boff (2002: 17), la ecología ha abandonado su primer estadio bajo la forma de movimiento verde o de protección y conservación de especies en extinción y se ha transformado en una crítica radical del modelo de civilización que estamos construyendo. Las preguntas que se plantea hoy son: ¿cómo sobrevivir juntos, seres humanos y medio ambiente, dado que tenemos un mismo origen y un mismo destino común? ¿Cómo salvaguardar lo creado en justicia, participación, integridad y paz? Para responder a esas preguntas se han elaborado diversos



diagnósticos y sugerido varias terapias ecológicas dirigidas a evitar la enfermedad de la crisis o a curarla.

Según Boff, lentamente se está configurando, a través de múltiples caminos, un cultura ecológica que incorpora comportamientos y prácticas que tienen como efecto un trato más delicado y benévolo para con la naturaleza. Algunos de estos caminos ecológicos no son suficientes por sí mismos, sin embargo, en conjunto, pueden llevarnos efectivamente a una cultura ecológica holística.. Estos caminos se presentan como terapias dirigidas a evitar que la enfermedad ecológica se agrave o, incluso, como caminos de curación. Estos caminos son: la eco-tecnología, eco-política, ecología social, ecología mental y la ética ecológica. A continuación se presentarán en detalle de acuerdo a la descripción de Boff (2000: 30; 2002: 17; 2003: 125).

Ecotecnología

Se intentan desarrollar técnicas y procedimientos que tienen como objeto preservar el medio ambiente o disminuir los efectos no deseados, producidos por el tipo de desarrollo que hemos creado, efectos negativos sobre las poblaciones y sobre la naturaleza. Si la ciencia tecnológica ayudó a destruir el planeta, puede también ayudar a salvado y recuperarlo. Sin embargo, la ecotecnología tiene sus límites ya que sólo se atacan las consecuencias; no se desciende hasta la identificación de las causas de la depredación y agresión al conjunto de los seres de la naturaleza con sus relaciones de equilibrio.

Ecopolítica

Por detrás de los proyectos técnicos están las políticas, ya sea las puestas en práctica por el Estado (políticas de desarrollo industrial, agrícola, de redes viarias, urbano, energético, poblacional), ya sea las de las empresas. Estas se sitúan en el mercado bajo la presión de la competencia y de la necesidad de garantizar sus ganancias, en muchos casos a costa de la contaminación, de la deforestación, de la depauperización de los trabajadores a causa de los bajos salarios.

La ecopolítica intenta llevar a cabo estrategias de un desarrollo sostenido que garantice el equilibrio de los ecosistemas, incluyendo el sistema de trabajo, y, al mismo tiempo, que tenga sentido de



solidaridad para con las generaciones futuras. Estas tienen derecho a una sociedad equitativa, justa y participativa y que posea un medio ambiente saludable. Sin embargo, la ecopolítica también tiene sus límites. Por lo general, en la tensión entre desarrollo y conservación del medio ambiente se opta por el deterioro del medio a favor del desarrollo. No se cuestiona radicalmente el modelo de desarrollo creciente y lineal. Este constituye todavía el ideal-tipo para la sociedad. Además, la justicia ecológica debe ir siempre acompañada por la justicia social: ¿de qué sirve garantizar escuela y merienda escolar a los niños de los tugurios si mueren al seguir habitando sin un nivel sanitario básico? ¿O potenciar el uso de gas natural para los transportes públicos si por los barrios pobres del extrarradio no pasa ninguna línea de autobús?

Ecología social

La tarea de la ecología social es estudiar los sistemas sociales en interacción con los ecosistemas. El ser humano y la sociedad siempre establecen una relación con el medio ambiente. El ser humano proviene de un largo proceso biológico. Sin los elementos de la naturaleza de la que es parte y parcela, sin los virus, las bacterias, los microorganismos, el código genético y los elementos químicos primordiales, no existiría. Las sociedades siempre organizan sus relaciones con el medio en el sentido de garantizar la producción y reproducción de la vida. Definen la relación entre campo y ciudad, deciden cómo se hace una urbanización que incluya la calidad de vida, cómo se monta ecológicamente un hospital, una escuela, una fábrica, como se ordena el tráfico, se evita la violencia social, se establece la relación entre lo público y lo privado, entre trabajo y ocio, entre la producción material y la cultural, establece un determinado tipo de comunicación social, qué forma de ciencia y técnica puede garantizar la calidad de vida humana y natural. Aquí la ecología hace patente lo que su nombre indica: la ciencia doméstica, la ciencia del hábitat humano.

Todas estas diligencias son importantes. Sin embargo, caben hacerse las siguientes preguntas: La forma como se organiza una sociedad ¿integra y protege la naturaleza o la hiere y hasta la destruye? ¿Cómo satisfacen los seres humanos sus necesidades, de forma solidaria, sin producir tensiones y exclusiones, respetando los ciclos naturales y los tiempos ecológicos? ¿Cómo se trata a la



tierra, como mercancía y «recurso natural» para ser explotado, o como una realidad que debe ser respetada como parte de nuestro cuerpo, trabajando con ella y nunca contra ella? Las críticas de la ecología social ¿se llevan a efecto dentro del modelo vigente de relación social, de organización económica, de producción de significaciones sin cuestionarlo de raíz? ¿O inauguran algo nuevo, apuntando hacia un modelo alternativo al actual? ¿Se echan remiendos para mejorar o se crea una visión nueva que abra esperanzas más prometedoras, nuevo estilo de subjetividad colectiva y de experimentación de relaciones entre los seres humanos y de todos para con el universo? Aquí están los límites de una ecología meramente humana dentro de cuadro del paradigma vigente.

Ecología mental

El estado del mundo va ligado al estado de nuestra mente. Si el mundo está enfermo eso es síntoma de que nuestra *psiqué* también está enferma. Hay agresiones contra la naturaleza y voluntad de dominio porque dentro del ser humano funcionan visiones, arquetipos, emociones que conducen a exclusiones y a violencias. Existe una ecología interior lo mismo que una ecología exterior, y se condicionan mutuamente. El universo de las relaciones con las cosas es internalizado, lo mismo que la referencia al padre, a la madre, al medio ambiente, etc.; esos contenidos se transforman en valores y antivalores, alcanzando a las relaciones ecológicas de forma positiva o negativa. El mismo mundo de los productos industriales, de la utilización de las relaciones, genera una subjetividad colectiva fundada sobre el poder, el *status*, la apariencia y una precaria comunicación con los demás.

La ecología mental intenta construir una integración psíquica del ser humano que vuelva más benevolente su relación hacia el medio natural y social y que fortalezca un pacto de reverencia y equilibrio más duradero con el universo. Sin una revolución de la mente será imposible una revolución en la relación persona/naturaleza. Pero también aquí hay límites: ¿la ecología mental sólo alivia o crea un nuevo horizonte de experiencia en relación al mundo? ¿Genera una nueva alianza o sólo fortalece la tregua con la naturaleza, permitiendo que campe por sus respetos la mentalidad de posesión, de dominio y de exclusión con relación a los demás



seres humanos y a la naturaleza? Aquí es donde se decide el sentido liberador de la preocupación ecológica.

Ética ecológica

La ética va más allá de la moral. La moral tiene relación con las costumbres, y éstas están siempre circunscritas a los hábitos, valores y opciones dentro de una determinada cultura y de los grupos que se forman en el interior de ella. La ética, por otro lado, expresa el comportamiento justo y la manera correcta en que el ser humano debe relacionarse en consonancia con su dinámica propia e intrínseca a la naturaleza de cada cosa. La ética no es lo que queremos que sea o lo que conseguimos imponer mediante el poder, sino lo que la realidad misma dice y exige de cada uno de los que se ponen a su escucha y en sintonía con ella. La ética de la sociedad dominante hoy es utilitarista y antropocéntrica. Considera al conjunto de los seres como algo al servicio del ser humano, que puede disponer de ellos a su antojo atendiendo a sus deseos y preferencias. Cree que el ser humano, varón y mujer, es la corona del proceso evolutivo y el centro del universo.

Lo ético sería desarrollar un sentido del límite de los deseos humanos por cuanto éstos conducen fácilmente a procurar la ventaja individual a costa de la explotación de clases, sometimiento de pueblos y opresión de sexos. El ser humano es también, y principalmente, un ser de comunicación y de responsabilidad. Entonces lo ético sería también potenciarla solidaridad generacional en el sentido de respetar el futuro de los que aún no han nacido. Y, finalmente, ético sería reconocer el carácter de autonomía relativa de los demás seres; ellos también tienen derecho a continuar existiendo y a coexistir con nosotros y con otros seres, puesto que han existido antes que nosotros y, durante millones de años, sin nosotros. En una palabra, ellos tienen derecho al presente y al futuro.

Esta es la descripción de Boff de estos cinco caminos de la ecología. Según él, a través de esta visión ecológica-holística puede comprenderse mejor el ambiente y la manera de tratarlo con respeto (ecología ambiental). Se pueden entender las dimensiones de la sociedad que deben ser sostenibles y ser expresión de la convivialidad entre los humanos y de todos los seres entre sí



(ecología social). Además sirve para darse cuenta de la necesidad de superar nuestro antropocentrismo a favor del cosmocentrismo y para cultivar una intensa vida espiritual al descubrir la fuerza de la naturaleza dentro de nosotros y la presencia de las energías espirituales que están en nosotros y que actúan desde el principio en la formación del universo (ecología mental). Por tanto, se puede captar la importancia de integrar todo, de lanzar puentes hacia todas partes y de entender el universo, la Tierra y a cada uno de nosotros como un nudo de relaciones orientado hacia todas las direcciones (Boff, 2003: 133–134).

El aporte de la religión a la ecología holística

Es imperativo señalar que, de acuerdo a Boff, los cinco caminos de la ecología antes mencionados son insuficientes por sí mismos. Es necesario además incluir la religiosidad o espiritualidad como una sexta propuesta. Según Boff (2002: 106), la raíz última de la crisis ecológica actual es «[...] la *ruptura* permanente de la religación básica que el ser humano ha introducido, alimentado y perpetuado respecto del conjunto del universo y de su Creador». Este es el aporte específico que la ecología holística de Boff puede hacer a la ética ambiental. A este sexto camino de la ecología holística se le podría llamar *ecología religiosa*.

Boff (2002: 20) afirma que si detrás de la ética no hay una mística, una nueva espiritualidad, es decir, un nuevo pacto del ser humano con todos los demás seres, fundando una nueva religación (religión), se corre el riesgo de que la ética degenera en legalismo, moralismo y hábitos de comportamiento de contención y no de realización jovial de la existencia en relación reverente y afectuosa con los demás seres. Para Boff (2002: 26), la razón instrumental no es la única forma de uso de nuestra capacidad intelectual. Existe también la razón simbólica y cordial y el uso de todos nuestros sentidos corporales y espirituales. Junto al *logos* (razón) está el *eros* (vida y pasión), el *pathos* (afectividad y sensibilidad) y el *daimon* (la voz interior de la naturaleza). La razón no es ni el primero ni el último momento de la existencia. Estas características hacen que los seres humanos sean sensibles a la importancia de la vida y permiten una actitud adecuada ante ella.



Actitud que da lugar al cuidado, respeto, veneración y ternura por y ante la vida. En palabras de Boff:

Tanto la mística como la espiritualidad parte de otra plataforma: no del poder, ni de la acumulación, ni del interés, ni de la razón instrumental. Arrancan del corazón, de la razón sacramental y simbólica, de la gratuidad del mundo, de la relación, de la conmoción profunda, del sentido de comunión que todas las cosas guardan entre sí, de la percepción del gran organismo cósmico, invadido de gestos y señales de una realidad más profunda y más plena (Boff 2000: 45).

Boff (2002: 149) apela, por tanto, a una recuperación de la dimensión de lo sagrado del universo. Sostiene que sin lo sagrado, la afirmación de la dignidad de la Tierra y del límite que habrá que imponer a nuestro deseo de explotación de sus potencialidades se quedará en una retórica ineficaz. Afirma que:

La profanidad redujo el universo a una realidad inerte, mecánica y matemática, y la Tierra a un simple depósito de recursos expuestos a la disponibilidad humana. Se privó de palabra a todas las cosas para que sólo la palabra humana dominase. Si no conseguimos rehacer el camino de acceso a lo sagrado, no garantizaremos el futuro de la Tierra. La ecología se transformará en una técnica de simple gestión de la voracidad humana, pero nunca en su superación. La pretendida nueva alianza significara solo una tregua para que la Tierra se rehaga de las heridas recibidas para, inmediatamente a continuación, recibir otras, porque el patrón de relaciones no ha cambiado ni se ha transformado la mente humana (Boff 2002: 150).

Es así como Boff (2002: 46–47) sostiene que hoy es importante que la preocupación ecológica, y especialmente la cosmológica, se aproximen a una religión de integración, esto es, que se imponga una revolución espiritual como exigencia de la sensibilidad actual y de la gravedad de los problemas que vivimos. De acuerdo a Boff:

La ley suprema es la solidaridad y la sinergia entre todos. Todos son interdependientes y se necesitan entre si. Todos se entrelazan en un inmenso evento de comunión. La conciencia humana es capaz de captar esa realidad relacional



que liga y religa a todos. Al percibirla nace la religión, que deriva de re-ligar. Posiblemente la religión ha sido la más arcaica forma de conciencia. Hace miles de millones de años, nuestros antepasados antropoides consiguieron ver el Eslabón que ligaba y re-ligaba todo. Lo llamaron de mil maneras. Después lo llamaron simplemente Dios. Ese Dios es entendido como la fuerza misteriosa que crea y organiza todo el universo (Boff 2003: 62-63).

Recuperar lo sagrado a través de una nueva espiritualidad o religión es, por tanto, un aspecto que no puede faltar en una ética ambiental. Esto porque, según Boff (2001: 89), los imperativos éticos en sí mismos son fundamentales pero insuficientes, ya que hay exigencias éticas que contradicen los intereses inmediatos de personas, clases y naciones, lo que hace que los llamamientos éticos a una contención mundial, a una nueva solidaridad y a una corresponsabilidad planetaria se muestren, a la postre, ineficaces. La sola razón y la nueva comprensión de la naturaleza carecen de la fuerza suficiente para superar la crisis ecológica, incluso bajo la amenaza de la destrucción humana. La dimensión *demens* de los seres humanos da razón de las opciones por lo absurdo. Todo cae bajo el horizonte histórico y ahí, bajo lo condicionado, lo relativiza y lo penetra. Boff afirma:

Sólo lo Incondicionado puede exigir algo incondicionado. Sólo la suprema realidad puede fundamentar algo supremo. Tal vez hayamos de reconocer que este Incondicionado y Supremo no puede ser demostrado por el tipo de razón dominante en la actualidad, la razón instrumental-analítica, más estructurada para dominar el mundo por medio del proyecto tecnocientífico que para dar razones y ofrecer significados existenciales. Pero este Incondicionado puede ser acogido por una entrega humana sensata, globalizadora y racional, por tanto, por otro tipo de razón más cordial y holística, tan humana -sino más- como cualquier otra forma de razón. Éste es el lugar de la razón hermenéutica, simbólica, sacramental y utópica (Boff 2001: 89-90).

De acuerdo a Boff, las religiones pueden propender a superar la crisis ecológica, a pesar de las diferencias doctrinales y los diferentes caminos espirituales, ya que convergen en algunos puntos decisivos para un *ethos* mundial y establecen imperativos categóricos intransables desde su perspectiva incondicionada y



suprema ante la vida como ámbito de sacralidad. Las religiones permiten transformar el *pathos* en un proyecto histórico que englobe la tradición del *logos*. De esta combinación nace la *ética del cuidado*. Afirma Boff (2001: 74): «El cuidado es la relación amorosa para con la realidad cuyo objetivo es la garantizar su subsistencia y abrir el espacio necesario para su desarrollo [...]. Sin cuidado la vida perece». El ser humano es fundamentalmente un ser de cuidado más que un ser de razón o voluntad. El cuidado pertenece a su esencia: es su modo-de-ser concreto en el mundo con los otros, ontológicamente superior a la actividad de la razón y de la libertad. Algunos de los ejes centrales del cuidado son, según Boff (2001: 73–74), el cuidado con respecto a nuestro único planeta, cuidado con el propio nicho ecológico, cuidado con la sociedad sostenible y el cuidado del otro. Sin esta ética del cuidado las demás éticas pierden el suelo donde se asientan, pues ellas solas no garantizan la continuidad de la vida.

Esta *ecología religiosa* deja, sin embargo, algunas interrogantes. Por una parte, se puede cuestionar la importancia y credibilidad del factor religioso en la actualidad y afirmar que hoy es necesaria una ética ambiental que no considere, por tanto, ese factor. Como afirma Hans Jonas (1995: 59): «una religión que no está ahí no puede aliviarle su tarea a la ética; y mientras de la religión cabe decir que existe o no existe en cuanto hecho determinante para los seres humanos, de la ética hay que decir que tiene que existir». Sin embargo, de acuerdo al pensamiento de Boff presentado anteriormente, estaríamos viviendo una cosmología holística donde lo espiritual y lo místico han recuperado un lugar prominente en la sociedad y, por tanto, pueden postularse como ayudas en la reflexión ética y filosófica. Es posible, por tanto, recuperar la categoría de los sagrado como instrumento para responder a la crisis ecológica y configurar una ética ecológica desde esta categoría.

Por otra parte, debido a los fundamentalismos e integristas que prevalecen en las religiones actuales, se hace necesario reconfigurar las religiones y espiritualidades concretas e históricas desde esta mirada ecológica holística. Esto porque aunque la mayoría de las religiones mundiales efectivamente pueden propender a superar la crisis ecológica desde sus imperativos categóricos intransables, la experiencia histórica dice todo lo



contrario. Las religiones históricas predominantes han incrementado el dualismo y la negación de la Tierra, han dejado lo sagrado para el *más allá*, estableciendo a Dios, como un ser lejano a la Tierra, como el único ser incondicionado y supremo por sobre todo lo demás. Hoy parece que prima lo que antes se ha señalado, que las raíces de la destrucción ambiental todavía están en las actitudes que propugnan las religiones históricas hacia la Tierra. En este sentido, continuar hablando de *Dios* podría provocar más daño que beneficio. Es por ello que se hace necesario reconfigurar las religiones y espiritualidades actuales hacia un post-teísmo.

Boff afirma (2002: 187) que, para superar la crisis ecológica, se hace necesario cambiar la imagen de Dios. Como se ha mencionado antes, la espiritualidad y la religión pueden ser entendidas como una actitud de respeto y veneración por la vida, por su integralidad e interconexión, y no necesariamente como la conexión con algo o alguien sagrado más allá de ella con el/lo cual hay que religarse. Es así como Dios debe ser entendido de otras formas y no simplemente desde una postura teísta clásica. Él propone asumir un panenteísmo que ya no pone a Dios y mundo frente a frente, sino que sitúa a Dios dentro del proceso del mundo y considera al mundo dentro del proceso de Dios. Dios rodea siempre a lo creado y viceversa, pero cada uno conserva su identidad y distinción. La distinción sirve para la unión y comunión. Es importante destacar en este punto que, según Boff (2002: 181), poco importa el nombre, pronunciado o silenciado, con que denominamos esta Realidad, sea Dios, Tao, Atma, Ala, Olorum, etc., ya que es simplemente una manera de hablar existencialmente acerca de esas dimensiones de infinitud y plenitud en la que todo se encuentra.

Conclusión

La ecología holística de Leonardo Boff se presenta como una alternativa verdaderamente integral al problema ecológico. Es, por tanto, una opción para aquellos que quieren asumir una propuesta ética ambiental sin dejar sus convicciones cristianas o religiosas, para aquellos que desde su misma fe optan por ser fieles a la Tierra y a sus problemas actuales. La propuesta de Boff se presenta además como un desafío importante para la teología actual, pues no busca ser sólo una propuesta lógica-racional, sino que desea



también abrirse al *eros* (vida y pasión) y al *pathos* (afectividad y sensibilidad). Quizás el desafío más grande que hace la ecoteología de Boff a la teología cristiana tradicional es repensar la imagen de Dios desde la sacralidad de la Tierra y en diálogo con las otras religiones mundiales.

Referencias bibliográficas

Boff, Leonardo (2000). *La dignidad de la tierra, ecología, mundialización, espiritualidad: la emergencia de un nuevo paradigma*. Madrid: Trotta.

Boff, Leonardo (2001). *Ética planetaria desde el gran sur*. Madrid: Trotta.

Boff, Leonardo (2002). *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*. Madrid: Trotta.

Boff, Leonardo (2003). *La voz del arcoíris*. Madrid: Trotta.

Jonas, Hans (1995). *El principio de responsabilidad*. Barcelona: Herder.

Villaroel, Raúl (2007). «Ética y medioambiente: ensayo de hermenéutica referida al entorno». *Revista de filosofía* 63: pp. 55–72.

Luis Marcos Tapia

Bachiller en teología por el Seminario Teológico Bautista de Santiago de Chile. Licenciado en Educación y Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Estudiante de Magíster en Filosofía, Universidad de Chile. Miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana.



Cita recomendada

Tapia, Luis Marcos (2013). «La contribución de la religión a la ética ambiental: el aporte de la ecología holística de Leonardo Boff». *Religión e incidencia pública. Revista de investigación de GEMRIP* 1: pp. 111–133. [Revista digital]. Disponible en internet en: <<http://www.gemrip.com.ar>> [consultado el dd de mm de aaaa].



Este obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported